

# P O E M A

Esa palabra que jamás asoma  
a tu idioma cantado de preguntas,  
ésta, desfalleciente,  
que se hiela en el aire de tu voz,  
sí, como una respiración de flautas  
contra un aire de vidrio evaporada,  
¡mírala, ay, tócala!  
¡mírala ahora!  
en esta exangüe bruma de magnolias,  
en esta nimia floración de vaho  
que—ensombrecido en luz el ojo agónico  
y a funestos pestillos  
anclado el tenue ruido de las alas—  
guarda un ángel de sueño en la ventana.

¡Qué muros de cristal, amor, qué muros!  
¿ay, para qué silencios de agua?

Esa palabra, sí, esa palabra  
que se coagula en la garganta  
como un grito de ámbar,  
¡mírala, ay, tócala!  
¡mírala ahora!  
mira que, noche a noche, decantada  
en el filtro de un áspero silencio,  
quedóse a tanto enmudecer desnuda  
hiriente e inequívoca  
—así en la entraña de un reloj la muerte,  
así la claridad en una cifra—  
para gestar este lenguaje nuestro  
inaudible  
que se abre al tacto insomne  
en la arena, en el pájaro, en la nube,  
cuando negro de oráculos atruena  
el panorama de la profecía.

¿Quién, si ella no,  
pudo fraguar este universo insigne  
que nace como un héroe en tu boca?

¡Mírala, ay, tócala!  
¡Mírala, ahora,  
incendiada en un eco de nenúfares!  
¿No aquí su angustia asume la inocencia  
de una hueca retórica de lianas?  
Aquí, entre líquenes de orfebrería  
que arrancan de minúsculas corrientes,  
¿no echó a tañer al aire  
sus candidas mariposas de escarcha?  
Qué, en lugar de esa fe que la consume  
hasta la transparencia del destino,  
¿no aquí—escapada al dardo  
tenaz de la estatura—  
se remonta insensata una palmera  
para estallar en su ficción de cielo,  
maestra en fuegos no,  
mas en puros deleites de artificio?

Esa palabra, sí, esa palabra  
ésta, desfalleciente,  
que se ahoga en el humo de una sombra,  
ésta que gira—como un soplo—canta  
sobre bisagras de secreta lama,  
ésta en que el aura de la voz se astilla  
desalentada  
como si rebotara  
en una bella úlcera de plata,  
ésta que baña sus vocales ácidas  
en la espuma de las palomas sacrificadas,  
ésta que se congela hasta la fiebre  
cuando no, ensimismada, se calcina  
en la brusca intemperie de una lágrima,  
¡mírala, ay, tócala!  
¡mírala ahora!  
¡mírala, ausente toda de palabra,  
sin voz, sin eco, sin idioma, exacta,  
mírala cómo traza  
en muros de cristal amores de agua!

# J O S E G O R O S T I Z A